11121

Jacinto Linares Fernandez

¡El último Sacrificio!

Monólogo dramático en prosa y verso,

ORIGINAL

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
12,—Nuñez de Balboa, 12

1905

4

¡EL ÚLTIMO SACRIFICIO!

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad intelectual.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Los comisionados y representantes de la SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

¡EL ÚLTIMO SACRIFICIO!

Monólogo dramático en prosa y verso,

ORIGINAL DE

Don Jacinto Linares Fernandez

Estrenado con éxito extraordinario en Madrid la noche del 28 de Marzo del 1905

MADRID
Imp. y Lit. de Manuel Rey Martinez
68-Calle de Atocha,-68

1905

DEDICATORIA

A mis queridos padres

Tracé los últimos rasgos de este modesto trabajo, y pensé á quién dedicarlo; una voz interior me dijo que á vosotros, y en ella reconocí la verdadera interpretación de mis sentimientos. ¡Qué desdicha tan grande es para mi no poder enlazar dos nombres en una sola prueba! ¡Qué ingrata es la muerte!...

Tú, madre mía, podrás ver mi cariño reflejado en estas líneas. Tú, padre mío, aunque la eterna ausencia te lo impide, debo hacer constar, que mientras yo viva, lo reservo para ti en lo más hondo de mi corazón como inequívoca prueba de que no te olvido; ¡cómo olvidarte!... si para ti son mis lágrimas... ¡para ti mis recuerdos!

Esta es la verdadera interpretación de cuanto por vosotros siente vuestro hijo

Jacinto

PERSONAJE

JUSTO..... *Don Antonio Madrid*

DOS PALABRAS

Amigo Antonio:

Con acierto interpretaste el personaje que imaginé para este monólogo, debiéndote por ello parte del éxito alcanzado. Conste por la presente, la eterna gratitud de tu verdadero amigo.

Jacinto

ESCENA ÚNICA

Habitación de casa pobre con puertas al foro y primer término izquierda; ventanas foro izquierda y primer término derecha (la primera enrejada; unas y otras serán practicables; en segundo término derecha, catre con modestísimo ajuar; y en segundo izquierda, mesa cuadrada, y sobre ella un vaso con aceite, en el que arderá una lamparilla; algunas sillas deterioradas repartidas por la escena. Al levantarse el telón se abre la ventana del foro izquierda donde aparece Justo, que desde la parte exterior llama á María, que figura estar echada sobre el catre, segundo término derecha.

¡Maruja! ¡Marujilla! Vamos, se habrá acostado, y seguramente estará aquí la llave. Sí; aquí está. (Toma una llave que habrá colgada en la parte baja de la ventana, se dirige á la puerta del foro, abre y penetra en la habitación. ¡Caramba, debe de ser tardecito! ¡Hola, hola! Duermes, pobrecita! (Dirigiendo la mirada hacia donde figura estar María.) Claro, como me he retrasado tanto, ha vencido el sueñecillo á tu voluntad. ¡Pero, calle! Esta muchacha, ¡pues no se ha acostado vestida! Y ahora es el caso que me da pena despertarla; gracias á que estamos en riguroso verano, y... en fin, dejémosla dormir con tranquilidad. Mañana seguramente me echará su sermoncito por el retraso. Yo, por el afán de recoger las más limosnas posibles, me he retirado más tarde que de costumbre; pero estoy satisfecho, porque Dios ha querido que se logre mi deseo. Mañana se cumplirá el quinto aniversario de la muerte de tu pobre madre, mi fiel compa-

669578

ñera: por esa causa, hoy salí apesadumbrado de casa; discurría por esas calles en demanda de la caridad, y al mismo tiempo pensaba si podría reunir lo suficiente para entretener el hambre al siguiente día, y sufragar los gastos de una modesta misa por el alma de aquel ser querido. Parecíame demasiada buena suerte la realización de aquel deseo, y como para mí la suerte es tan ingrata, desconfié de ella, y con la tristeza en el alma, seguía mi calvario. Pocos pasos anduve después de esta reflexión; en dirección opuesta á la que yo marchaba, venía un caballero; ya muy cerca de mí, tendí la mano:—¡Una limosna por Dios!—exclamé. Al instante se detuvo; me miró de arriba á abajo, sacó dos monedas del bolsillo, y depositándolas en mi mano, dijo:—¡Para un panecillo!—¡Dios se lo premie!—contesté. En el momento, y al ir á besarlas, me apercibí de que aquellas monedas eran dos pesetas; simultáneamente dió un grito mi conciencia. Le llamé.—¿Se ha equivocado usted, caballero?—¿Por qué?—¡Porque me ha entregado usted dos pesetas!—Vaciló un momento, y fija en mi su mirada, me contestó:—Tiene usted razón. El pan de los pobres cuesta muchos sacrificios, y los sacrificios deben pagarse, y recogiendo las dos monedas, me entregó á cambio una de cinco pesetas, diciéndome:—¡La riqueza de algunos pobres debían tenerla muchos ricos! Así sería la humanidad más afortunada, porque el mayor tesoro es la virtud. Aquellas palabras me impresionaron de tal modo, que no supe qué contestar. Cogí su mano, la besé, él estrechó la mía, y al separarnos, dijo afirmando sus palabras:—¡Qué miserable es el mundo!... Dos lágrimas rodaron por mis mejillas; fueron de gratitud para aquel angel de la caridad. Esto mismo lo sabrás mañana, sí; y seguramente encontrarás justificada mi tardanza, y satisfecha quedarás, como yo, al ver que el producto de ese pequeño sacrificio

lo dedico al recuerdo de tu pobre madre. ¡Qué triste es la vida para el mortal que sufre! A no ser por el temor de abandonarte, á la muerte entregaría mi existencia, pues la muerte es el único goce al que el pobre puede aspirar en su fatal destino. (Se dirige á la silla que habrá próxima á la mesa y se sienta.) ¡Pobre hija mía! Hace tres meses que delicada la veo; su contrariedad es grande porque no puede ayudarme con su trabajo; grande es su obstinación, y en vano pretendo hacerla desistir de que implore la caridad; constantemente pronuncian sus labios las mismas palabras: ¡Padre mio, es muy justo que de algún modo os ayude; no debo permitir, mientras tenga un átomo de vida, que paséis hambre; sería una ingratitud imperdonable! ¡Ah! ¡Desgraciada! Tu madre desde el cielo escucha tus palabras y te colma de bendiciones, como yo te colmo de alabanzas. (Al ir á apoyar el brazo sobre la mesa se fija en una carta que habrá en ella. La coge apresuradamente, mostrando impaciencia por leerla.) ¡Eh! ¡Una carta! Veamos. (Se levanta para leerla á la luz de la lamparilla.) La firma dice ¡Roberto! ¡Sí! ¡Roberto! El infame que fingiendo un amor sin límites, la asedia constantemente para que venda su honra; como si la honra fuese vil mercancía; como si la pobreza fuese juguete para dar gusto á los ajenos caprichos, cediéndose á cambio de oro. ¡Ah! ¡¡Miserable!! Quiera Dios ponerte ante mi vista, para demostrarte que cuando el amor propio se hiere á mansalva, cuando se trata de ultrajar la dignidad y de manchar la pureza de un ángel, la razón crece, se desborda, y puede arrastrar á tu despótico libertinaje... ¡Oh! Preciso es leer su contenido, aunque tiemblo pasar la vista por sus renglones; pero no hay más remedio. ¡Valor! Empieza á leerla, y conforme va leyendo, aumenta progresivamente su inquietud.) «María: Ver satisfecho mi deseo es la última prueba que de tu cariño espero; mi pasión la reclama, y el secreto no saldrá de los

dos. No creo que prefieras seguir siendo el azote de la miseria. La elección no es dudosa. Cumpliré mis promesas si la decisión es favorable á tu Roberto.» (Encolerizado.) ¡Ah! ¡Canalla! Con qué cinismo escribiste esta infame carta que abrasando está mi mano, y que contemplo con todo el odio que tu iniquidad merece; quisiera tenerte aprisionado, así, como á este papel, estrujarte, morderte, y saciarme arrancándote ese corazón que no debe latir más que á impulso de tu perversidad. Imaginaste que el peso de mis años debilitaron mis fuerzas; pero no has imaginado que la razón, con su poder, las regenera, y antes de (Aumentando progresivamente la situación dramática.) permitir que corones nuestra frente con la deshonra que tu traición persigue, estoy dispuesto á luchar con tanta tenacidad, que la muerte, sólo la muerte podrá rendirme. (Con desesperación.) Te espero, sí; ¡cobarde! la inquietud me devora; en mis brazos renace el brío; la ansiedad me abrasa y mi venganza reclama para ti el castigo. (Pausa. Demostración de fatiga á causa del dolor.) ¡Dios mío! ¿Qué es esto? La fiebre me devora; en mi mente veo multitud de sombras, visiones que parece que juegan con mí dolor. ¡Cuánto martirio! ¡María! (Dirigiéndose al lecho.) ¡Hija mía!... Bah; duerme, sí; cómo creer... imposible; pobre, pero honrada; la tranquilidad de su sueño me lo advierte; es el sueño tranquilo de una conciencia limpia. ¡Tú acceder á tal afrenta! ¡Nunca, hija mía! lo sé; piensas como yo. El que sin honra vive, fascinado por el oro, es más pobre que el que careciendo de él guarda su honra; ésta es patrimonio de la virtud, y la virtud enriquece al alma. (Suenan cuatro campanadas de un cercano reloj de torre.) Las cuatro han sonado; avanzada es la hora, y aunque grande es mi cansancio, la fiebre trae consigo el insomnio, y en vano trataría de reposar ni un sólo instante. No ha de tardar en despuntar el alba; daré paso á su luz, que de ella espero algún

consuelo. (Dirígese á la ventana del primer termino derecha que abre; eleva su mirada al cielo, y conforme va diciendo el verso, va penetrando gradualmente en la habitación la luz.)

Luz del aura, en quien cifro mi esperanza,
para que calma des á mi quebranto;
ya por fin te diviso en lontananza,
rasgando de la noche el negro manto.
Llega pronto; descubre el puro cielo,
que á él quiero contarle mi querella,
por si piedad nos manda, que es mi anhelo,
y borra del dolor la triste huella.
Avanza, sí, con la esperanza mía;
cese pronto mi mente de luchar;
quiero contar al ser de mi alegría
la inquietud que por mí siento vagar.
Quiero escuchar cuanto antes de sus labios
la firme maldición al fementido,
y no debo dudar que á sus agravios
habrá de contestar con el olvido...
Ya siento el beso de la brisa hermosa;
con majestad la noche ya declina,
y el aura va cubriendo sigilosa
el ancho espacio, con su luz divina.
Aquí penetra, en mi auxilio viene,
y tu rostro ya puedo contemplar;
en él fija mi vista, se entretiene,
y una idea me está haciendo dudar.
Pero, no; su semblante sonriente
me dice, que como un ángel, gozoso,
pretende acariciar constantemente
la más bella ilusión de un sueño hermoso.
Tu blanca tez, diciendo está, hija mía,
que la pureza existe en tu conciencia;
pues así solamente mi alegría
reinará, en mi ya corta existencia.
Aunque pobres seamos, el consuelo
de mostrar siempre erguida nuestra frente,
le tendremos, María, y en el cielo
amparo nos dará el Omnipotente.
Tu madre por tí ruega; yo te velo;

ambos á impulso del amante exceso;
no te despertaré; mas siento anhelo
por dejar en tus labios sólo un beso.
(Se dirige al lecho, deposita un beso en los labios de María, y en el momento retrocede horrorizado.)
¡Ah! ¡Dios de bondad! ¿Estoy soñando?
¿El frío de sus labios he sentido,
ó es mi delirio que me está matando?
¡Pronto; quiero quedarme convencido!
(Con extremada zozobra vuelve á dirigirse al lecho, registra el cuerpo de María para convencerse.)
¡Encuentro palidez aquí, en su cara!
¡Su cuerpo, á no dudar, se encuentra inerte!
¡Una sombra confusa me declara
que al besarla esta vez, besé á la muerte!
A su colmo ha llegado mi tormento.
¿Es que sueño tal vez? ¿Dime, María?...
¡Pero latir su corazón no siento!...
(Momento de angustia inmensa.)
¡Horrible realidad! ¡¡Muerta!! ¡Hija mía!
(Pausa. Solloza. Se inclina hacia el cuerpo de María y besa su frente repetidas veces.) ¡Todo acabó!... ¡Qué amargura! Su frente está helada; su mano... ¡Eh! ¡Por su mano aprisionado este frasco! (Toma de la mano derecha de María un frasco, que contendrá líquido hasta su término medio.) Ya no hay duda; su contenido fué el origen de su muerte; sí; no veo sangre; para qué más prueba; lo dice la etiqueta: (Viendo con espanto la etiqueta.) «¡Veneno!» Tan activo, que apurar no pudiste. (Nueva sorpresa al ver sujeta por la mano izquierda de María una carta, que inmediatamente toma, dentro de la cual habrá varios billetes del Banco.) ¿Qué es esto? ¡Una carta! ¡Dinero! (Lee con ansiedad la carta.) « Padre »mío: Hice un sacrificio por quien tantos hizo »por mí; no paséis más privaciones; muero tran»quila, porque la muerte reparará mi falta.» ¡¡Deshonrada!! ¡No puedo más! (Pausa. Eleva su mirada al cielo.) ¡Reparaste tu falta con la muerte; hiciste bien! ¡Desgraciada! Pero no pudiste comprender que tan deshonroso es cometer la falta

como lucrarse con el producto de ella. Te perdono; agradezco tu voluntad, pero desprecio el dinero. (Estruja y arroja al suelo los billetes) Desprecio mi vida; quiero huir lejos, muy lejos, donde no se escuche el mundanal rumor; allí donde se expansione el alma, con la tranquilidad eterna; pronto, sí; la vida me horroriza; los latidos de mi corazón me anuncian la imposibilidad de soportar por más tiempo tan intenso dolor. ¡Ah! Pero yo haré que cese; haré que mi existencia acabe; ¡qué acabe tanto martirio! El medio más breve sería... (Piensa.) ¡Oh! Feliz idea. Apurando el contenido de este frasco... Pongamos el remedio á tantos males ¡Sí!... (Con decisión.)

Quien vive para llorar,
y su destino es sufrir,
un placer puede encontrar
y sus penas acallar
con la dicha de morir.

(Apura el contenido del frasco; apoya la mano izquierda sobre el corazón; arroja el frasco al suelo, y después de una pausa empieza á sentir los efectos del veneno:) Ya... los efectos... voy sintiendo... ¡me abraso!... mi vida... acaba al fin... sí... ¡María!... quiero... llegar á tí... morir... á tu... lado... la última caricia... ¡la última! ¡Hi... ¡¡Hija!!... (Abre los brazos y cae muerto sobre el cuerpo de su hija.)

TELON

Obras del mismo autor

LA PRIMERA AMONESTACION *zarzuela en un acto en prosa y verso (1)*

EL NUEVO AGENTE, *pasillo cómico-lírico, en prosa y verso (2)*

¡EL ULTIMO SACRIFICIO! *monólogo dramático en prosa y verso.*

(1) Música del maestro Goncerlian.

(2) Idem, idem.

Estos ejemplares se hallan de venta, al precio de **una peseta,** en la *Sociedad de Autores Españoles*, Nuñez de Balboa, 12, hotel; en el *Salón Variedades*, Atocha, 68, y en la libreria de la Calle de la Paz, núm. 1, Madrid.